

GRADO DE INVERSIÓN:

Punto de quiebre para relanzarnos económicamente como país

Tenemos que felicitarlos! El haber ingresado a una élite de países latinoamericanos (junto con Chile y México) que merecen la confianza de los mercados internacionales representa un punto de quiebre para el Perú. Y nos obliga a repensar en lo que hemos avanzado como país, pero también en lo mucho que queda por hacer para dar el salto definitivo que nos catapulte al desarrollo y mejore el nivel de vida de todos los ciudadanos.

Es realmente un hito histórico que una agencia calificadora de riesgo crediticio como Fitch Ratings —una de las tres más importantes en el mundo junto con Standard and Poor's y Moody's— haya otorgado al Perú la calificación de grado de inversión. Eso significa, en síntesis, que contamos con solvencia para cumplir con nuestras deudas y, en el corto plazo, augura un incremento significativo de los flujos de inversión y la reducción del costo de financiamiento externo hacia nuestro país.

Sin embargo, debemos enfatizar que todo esto no ha sido gratuito. Es el resultado de más de una década de estabilidad y de apertura económica, de manejo racional de las cuentas internas y externas por parte del Gobierno (y de los anteriores) y de utilizar las ganancias inesperadas del alza de los precios de los 'commodities' (materia prima) para invertir en pagar la deuda pública e incrementar los activos del país.

Ahora bien, ¿qué tenemos que hacer para que el actual ciclo tan positivo de nuestra economía pueda extenderse y consolidarse?

Lo primero es mantener las líneas maestras del rumbo económico que tan buenos resulta-

dos nos ha dado y hacer oídos sordos a quienes de modo insensato y demagógico propugnan cambios absurdos en el mismo. En la economía moderna el que no avanza inevitablemente retrocede y si no corregimos las deficiencias corremos el riesgo de perder incluso la calificación que acabamos de lograr.

Pero, eso no es lo único. Si queremos dar el salto cualitativo hacia el desarrollo debemos redoblar esfuerzos en cuatro ámbitos: gobernabilidad democrática/institucionalidad, reforma del Estado/descentralización, formalidad y competitividad, que tienen que dejar de ser términos abstractos para convertirse en urgencias permanentes de nuestros políticos.

Hay lugar para el optimismo... No podemos desaprovechar la oportunidad que se nos abre para dar el salto cualitativo al desarrollo

En cuanto a lo primero, es fundamental consolidar la institucionalidad, mantener la estabilidad política y arraigar aun más la seguridad jurídica, de modo que quienes inviertan y trabajen en el Perú tengan la certeza de contar con reglas de juego estables, trámites mínimos, así como con un Poder Judicial y un Ministerio Público eficientes que respeten y defiendan ciegamente la ley. En suma, un país ordenado, confiable y predecible.

Luego, es crucial avanzar en la reforma del Estado, no solo para consolidar los cambios institucionales en educación, sino también para avanzar definitivamente en el proceso de inclu-

"El reto es seguir promoviendo la inversión descentralizada para que el desarrollo inclusivo llegue a todos, para lo cual debemos mantener las condiciones de estabilidad política y jurídica y paz social... No esperemos que todo caiga del cielo: cada cual debe poner el hombro en lo que le corresponde para avanzar y lograr los objetivos trazados". EDITORIAL DE EL COMERCIO / 2 DE ENERO DEL 2008

sión de los más pobres. Esto demanda también voluntad y sentido de urgencia del Gobierno para acortar el grave déficit de infraestructura. Y es que sin carreteras, puertos, aeropuertos o hidroeléctricas no solo se condena a los peruanos al aislamiento, sino que se espanta inversiones y se retrasa el desarrollo social y económico.

En el mismo sentido debe retomarse con más fuerza el objetivo de la descentralización, apuntando no solo a atenuar el centralismo, sino a crear cada vez más focos vibrantes de desarrollo a lo largo de todo el país, a través de las macrorregiones, dejando de lado celos localistas infundados o ambiciones de caudillos improvisados. Necesitamos, por el contrario, liderazgos regionales firmes pero sensatos, legítimos y representativos, para lo cual debe reformarse el sistema electoral actual que por ejemplo permite la elección de alcaldes y presidentes regionales con solo el 18% de votos, lo que es absurdo, poco democrático y riesgoso.

Ello, empero, no es suficiente. Hay, asimismo, un gravísimo problema de informalidad, que es un lastre para el desarrollo nacional y personal. ¿Cómo podremos crecer cuando gran parte de la cadena productiva es informal, no solo en la producción sino también en el modo de contratar y en la falta de respeto a las leyes de propiedad intelectual y derechos de autor? Sobre todo los pequeños empresarios tienen que entender las ventajas de formalizarse en todo sentido y de responder así a los enormes beneficios que reciben de una nación que les ofrece orden, seguridad y mercados cada vez más grandes y predecibles.

Finalmente, es fundamental ser más competitivos para poder aprovechar en toda su magnitud las posibilidades que se nos abren y poder negociar exitosamente más tratados de libre comercio, incluyendo China y la Unión Europea. En tal contexto, la situación laboral exige claridad, pues luego de 15 años de crecer a un promedio superior al 5% anual el subempleo sigue siendo del orden del 60%, lo que es preocupante. Si queremos que todos los peruanos participen por igual del beneficio de una economía moderna que recibe la confianza del mundo, debemos reducir sobrecostos y simplificar la legislación laboral.

Hay lugar para el optimismo. No podemos desaprovechar esta oportunidad que nos abre el grado de inversión para dar el salto cualitativo al desarrollo, al calificarnos como un país serio y confiable. Así, además, habrá recursos para que más pobres dejen de serlo y pueda cumplirse la meta de reducir la pobreza al 30% al final de este Gobierno y en los siguientes poder seguir bajando drásticamente estos índices dolorosos.

Como es evidente, la responsabilidad mayor de este trampolín al desarrollo corresponde al Gobierno. Pero los empresarios deben también poner de su parte para afrontar el oleaje cambiario e inflacionario, y sobre todo asumir el reto de competir en igualdad de condiciones con el mundo. Debemos tener la capacidad de generar productos de altísima calidad y precios competitivos, en un clima de respeto al orden, a la legalidad, a los trabajadores y al medio ambiente, como exigen los estándares internacionales, y sin perder de vista que el crecimiento debe ser redistributivo e inclusivo. ¡La pelota está en nuestra cancha! ■■

FRENTE AL AUJE ASIÁTICO

El enigma latinoamericano

Rodrigo Botero

Ex ministro de Hacienda de Colombia



A caba de publicarse un libro que documenta el surgimiento económico y tecnológico de las potencias asiáticas y proyecta las implicaciones que ese fenómeno tendrá para las relaciones de poder a escala internacional ("The New Asian Hemisphere: The Irresistible Shift of Global Power to the East", Kishore Mahbubani, Public Affairs, New York, 2008).

El autor es un diplomático y académico de Singapur que dirige la escuela de políticas públicas en la universidad nacional de esa ciudad-estado. Con el tono celebratorio y triunfalista que caracteriza a la élite intelectual de Singapur, Mahbubani visualiza una redistribución del poder mundial a favor del Asia y en detrimento de las potencias occidentales.

Desde la perspectiva asiática, el nuevo orden internacional tendría que reconocer la decadencia de Occidente, al menos en términos relativos. No obstante esa predicción, Mahbubani atribuye el éxito económico asiático a la adopción de lo que él llama los siete pilares de la sabiduría occidental. Estos pilares son: la economía de merca-

do; el imperio de la ley; una cultura de paz; pragmatismo; ciencia y tecnología; educación; y meritocracia. En su opinión, la aplicación de estos conceptos por parte de Singapur y China explica el formidable avance que han alcanzado en la marcha hacia la modernidad.

El ingrediente que tanto Singapur como China le han agregado a la sabiduría occidental es el autoritarismo. La modernización con mano férrea tampoco es original. Es la versión actualizada del fenómeno europeo del siglo XVIII conocido como despotismo ilustrado, por medio del cual se promovieron reformas dentro del contexto de la monarquía absoluta. Carlos III de España, Catalina la Grande de Rusia y Federico el Grande de Prusia practicaron ese estilo de gobierno. Lee Kwan Yew de Singapur y los dirigentes del partido comunista chino son los protagonistas contemporáneos del despotismo ilustrado. Los ideólogos del modelo asiático de desarrollo justifican la carencia de libertades democráticas con altas tasas de crecimiento económico que han sacado de la pobreza a centenares de millones de personas.

La interrogante que surge de la experiencia asiática es: ¿Por qué los países latinoamericanos no han sabido aprovechar los ingredien-

tes occidentales de la modernidad? Una posible explicación es que la región no tuvo un país pionero de la modernización que sirviera de ejemplo a los rezagados, tal como sucedió en el Asia con Japón. Japón sirvió de modelo para Singapur y los denominados tigres asiáticos. La experiencia de Hong Kong y Singapur motivó el abandono de la planificación central en China.

A falta de un modelo exitoso propio, la región tuvo el infortunio de haber importado dos modelos fracasados: el fascismo italiano en la década de los cuarenta, gracias a la Argentina de Perón, y el colectivismo soviético en la década de los sesenta, cortesía de la Cuba de Castro. Ambos modelos conducen a un callejón sin salida.

América Latina perdió un tiempo precioso para integrarse a la economía internacional por cuenta de las teorías de la dependencia y el comercio empobrecedor. Cuando parecía que el reformismo democrático empezaba a adquirir vigencia en la región, Hugo Chávez decidió reciclar el modelo cubano bajo el rótulo de 'socialismo del siglo XXI'.

Además del inmenso daño que le ha hecho a Venezuela, Chávez dispone de los recursos que le permiten extender ese modelo a los países que han caído bajo su influencia.

El régimen venezolano representa el rechazo de los valores occidentales acogidos por el Asia. Colectivismo en vez de economía de mercado. Dogmatismo ideológico en vez de pragmatismo. Arbitrariedad en vez de imperio de la ley. Amiguismo en vez de meritocracia. Oscurantismo en vez de ciencia y tecnología. Adoctrinamiento en vez de educación. Belicismo en vez de una cultura de paz.

Si un genio maligno se hubiera propuesto diseñar un esquema intelectual para hacerle daño a América Latina, le habría sido difícil encontrar una fórmula más adecuada para aumentar la pobreza y perpetuar el atraso. ■■

HUMOR PROFANO

Por Molina

El ciudadano de a pie

Dicen que con la obtención del grado de inversión la sensación de bienestar se incrementa...



rincón del autor



Jaime de Althaus Guarderas

La vía institucional contra la pobreza

P arece que por fin el Gobierno aterrizará en el tema de la lucha contra la pobreza. La ministra de la Mujer y Desarrollo Social, Susana Pinilla, ha anunciado la nueva estrategia de comités de cogestión locales presididos por los alcaldes distritales que se encargarán de coordinar y hacer un seguimiento quincenal de los avances de los principales programas sociales y productivos rurales presentes en el distrito. Para explicarles la idea y comenzar a trabajar, los alcaldes de los 860 distritos más pobres serán convocados este mes. Se trata de ponerlos al frente de la lucha contra la pobreza y la desnutrición, pero armados de una tecnología "llave en mano". Tendrán un mapa de necesidades y de riqueza de sus localidades, y una plantilla con metas e indicadores por programa, que los mencionados comités deberán llenar cada quince días a fin de verificar los avances y las dificultades, y tomar decisiones. Esas metas responderán a un conjunto de "intervenciones" o mejoras que se desarrollarán dentro de una determinada estrategia o secuencia, para que sean efectivas.

Lo interesante de esta propuesta es que institucionaliza la lucha

contra la pobreza, dándole un papel muy claro al gobierno local, fortaleciéndolo. Le proporciona al alcalde una misión y objetivos muy precisos, legitimándolo. Introduce a las autoridades locales y a la comunidad en un proyecto común, en una dinámica de construcción de metas de progreso que puede cambiar el clima vital en las zonas pobres, instaurando la sensación de que las co-

Lo interesante de esta propuesta es que institucionaliza la lucha contra la pobreza, dándole un papel muy claro al gobierno local, fortaleciéndolo

sas, por fin, están cambiando porque ellos mismos las están cambiando. Que es la única forma de garantizar el éxito, de otro lado.

Pero, para que funcione una idea tan sugerente, los instrumentos —la plantilla de metas, el paquete de intervenciones— tienen que

ser sencillos y operables y se requiere de un aparato permanente y muy profesional de impulso, animación y monitoreo desde el nivel central. Y también de la conducción y supervisión personal de la ministra en el campo, ya que es imposible pretender, por lo visto, que el presidente asuma ese liderazgo.

Porque no será fácil el funcionamiento efectivo de los mencionados comités de cogestión. Los alcaldes y los propios funcionarios no están acostumbrados al trabajo en equipo, a la coordinación, a la consulta, al análisis costo-beneficio, al cumplimiento de metas objetivas. Ellos son tributarios de una cultura tradicional en el estilo de liderazgo y la toma de decisiones, donde cada autoridad suele ser un pequeño señor que decide por sí y para sí, y dentro de una lógica de relaciones familiares o amicales. Por lo tanto, el funcionamiento eficiente de los comités de cogestión entrañará, de suyo, una revolución cultural en los métodos de gestión. Si se logra, será un subproducto adicional y al mismo tiempo una precondición del éxito en la lucha contra la pobreza.

Para realizar esa transformación cultural que permita derrotar a la pobreza desde la institucionalidad, se necesita, repetimos, paradójicamente, de un fuerte liderazgo personal —del presidente o de la ministra— en el campo. Pasar de una racionalidad tradicional a una moderna e impersonal en el sistema de autoridad requiere, en el tránsito, todavía de una conducción personal vigorosa. Es inevitable. ■■



ILUSTRACIÓN VÍCTOR AGUILAR

EL HABLA CULTA

Por Martha Hildebrandt

CARAJEAR. En el Perú y otros países de América significa 'insultar', 'maldecir'. *Carajear* viene de *carajo*, voz de origen incierto que se usa en castellano, desde el siglo XV, con el sentido de 'pene'. Este origen sexual explica el gran número de sus deformaciones eufemísticas; entre las documentadas en el Perú están *barajo*, *caramba*, *caray*, *caracho*, *caricho*, *carijo*. Pero hoy la mayoría de hablantes y oyentes desconoce el significado primario de *carajo*.